



Ceremonia de petición del maíz, rezadores de los cerros de la comunidad tzeltal de Pat Puz (atrás del temascal), municipio de San Juan Cancuc, 2001 **Fotografía** © Carlos Martínez Suárez

Las circunstancias del trabajo de campo en antropología: experiencias y reflexiones

Aída Castilleja González*

"Mira, tía, un mascarado"

Ella, asustada y cautelosa, apresuró el paso para llegar a la casa de su hermana, a quien llegaba a visitar en su vecino pueblo de Puácuaro, a la orilla del lago de Pátzcuaro. Más tarde, un comentario le hizo darse cuenta de que ese *mascarado* era uno de los muchachos que integraba una de las cuadrillas de changos del carnaval de ese pueblo. No se trataba, como pensó al momento de oír a su sobrino, de los "malos" que en los últimos tiempos han sembrado temor en los pueblos de la zona.

En septiembre de 2010, mientras revisaba la sección de opinión del periódico *La Jornada*, me detuve al ver el título "Notas de trabajo de campo", texto escrito por Jorge Durand en el que exponía situaciones de violencia e inseguridad presentadas al llevar a cabo un trabajo de levantamiento de encuestas sobre una temática que nada tenía que ver con el crimen organizado. Al avanzar en la lectura, identifiqué situaciones afines: adecuaciones en la elección de lugares donde trabajar temas de nuestro interés y ajustes a los tiempos y duración del trabajo de campo. Adecuaciones que trastocan los temas de estudio. Trabajamos el tema del territorio y surgen menciones de los "malosos"; hacemos el registro de alguna danza y, entre sus personajes, emergen nuevas caracterizaciones que representan a sicarios o a miembros de corporaciones policíacas; nos adentramos en el estudio de las formas de acceso a los bosques y las referencias a estrategias de protección ante el asedio de grupos criminales se tornan constantes... ¿Qué campo de la vida social está exento de esta problemática directamente vinculada con la presencia de grupos de delincuencia organizada y narcotráfico? Al mantener nuestra convicción de continuar con el trabajo de campo, no sin incertidumbre y con un sentido de constante alerta, nos preguntamos: ¿será que estamos llegando a la normalización de la violencia y del miedo en el seno de las comunidades? ¿Será que estamos asumiendo la normalización de las condiciones de violencia en la planeación y puesta en marcha de nuestro trabajo de campo?

Desde entonces hasta la fecha, semejante "circunstancia", aunque en distinto grado, no deja de hacerse presente en nuestras estadías o recorridos de campo, ya sea como sentir general de la gente de los lugares donde trabajamos, como testimonio de algún hecho violento vivido en la comunidad o familias con quienes trabajamos, o como experiencia directa en el encuentro con situaciones difíciles de sortear. Se ha constituido también como tema de investigación, tanto central como secundario. Esta "circunstancia" ha convocado, en distintos espacios institucionales y foros académicos, a investigadores de distintas disciplinas cuyo desempeño requiere del trabajo de campo. Citemos algunos casos.

En su sesión plenaria, el Primer Congreso Nacional de Antropología Social y Etnología (2010) se pronunció por la preocupación en torno a la creciente violencia generada por la llamada "guerra

* Centro INAH Michoacán (etnogmich@gmail.com).



contra el crimen organizado” y la manera en que esto ha repercutido, como obstáculo, en el trabajo de campo antropológico y etnológico. A principios de 2011, en el marco del Seminario de Antropología Política en el CIESAS, François Lartigue (†) convocó a una sesión titulada “Las condiciones presentes de la investigación empírica en Michoacán y las aportaciones de las ciencias sociales”. A mediados de ese año, ampliando la geografía en que estas condiciones se hacen presentes, el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM convocó al foro “Reflexiones sobre seguridad en actividades de investigación universitaria”. El texto de la convocatoria dejaba ver que uno de los aspectos a tratar era tomar conciencia de las situaciones de violencia y el riesgo que conlleva en nuestro trabajo, así como generar medidas de seguridad tanto para investigadores como para alumnos. El programa del Segundo Congreso de Antropología Social incluyó un simposio que titulamos “El ejercicio de la investigación empírica en antropología en las situaciones actuales de conflictos y tensiones sociales”, convocado por François Lartigue y quien esto escribe. Esta “circunstancia” es, también, un tema cada vez más recurrente en pláticas, aparentemente anecdóticas, sobre nuestras salidas a campo. Está presente como condición a tomarse en cuenta en la programación de salidas, en la decisión sobre lugares de destino de nuestro trabajo de campo y es un factor constante en los ajustes que consideramos necesarios, pretendiendo con esto lograr una mayor seguridad.

En estas reuniones, foros y conversaciones suele haber puntos de confluencia. Otros marcan diferencias en torno al modo en que el trabajo de campo debe o no mantenerse o en las decisiones, según se trate de proyectos por iniciar o de trabajos en curso con distintas duraciones, marcados por los programas de investigación de diversas disciplinas e instituciones nacionales o

estatales. En el ámbito de la docencia, hay puntos de la geografía nacional que se han omitido como posibles áreas o lugares para que los alumnos inicien o continúen sus prácticas de campo, limitación que en algunos casos se ha hecho extensiva a proyectos de tesis de alumnos inscritos en estas y otras instituciones, cuyos lugares y temáticas han debido replantearse para evitar condiciones de inseguridad y violencia en el ejercicio de la investigación. No está de más señalar que estas condiciones no son privativas de la práctica de nuestra disciplina, pues están presentes entre normalistas o profesores en sus prácticas, servicio social o desempeño laboral, médicos que cubren estadías en clínicas y consultorios rurales, entre funcionarios y técnicos de distintas dependencias para la implementación o seguimiento de programas institucionales, por mencionar algunos casos.

Estas “circunstancias” nos llevan a repensar y generar nuevas estrategias de trabajo de campo acordes con las temáticas de nuestro interés, así como a considerar las condiciones de vida en los lugares que seleccionamos, al incorporar esas otras aristas de la realidad: no podemos ser omisos ni obviar estas situaciones, como tampoco podemos atender a éstas sólo como un factor que incide en la logística o planeación de nuestro trabajo. Es una condición que está permeando distintos ámbitos de la vida social.

No se trata de esquivar el delicado tema de los conflictos, tensiones, incidentes o situaciones que estallan en violencia... es el pan de cada día de muchas comunidades y a esto también se ha debido la investigación antropológica. La diferencia ahora es que se trata de grupos de delincuencia organizada, una de cuyas estrategias de expansión ha consistido en anclarse en distintos espacios del tejido social para garantizar y expandir ese control alterno.

¿Cómo llegar a un balance entre estas condiciones y experiencias para alentar el trabajo de campo, asumiendo nuestra responsabilidad y quehacer como antropólogos, esto es, la generación y formulación de referentes empíricos como sustento de nuestra labor? Entre los temores que se ciernen al respecto, está que tales “circunstancias” se sumen a la de por sí erosionada práctica del trabajo de campo, tanto en la investigación como en la formación de antropólogos. Sin duda es importante prevenir y garantizar la integridad física de estudiantes, docentes e investigadores, pero también buscar aristas y compartir estrategias que posibiliten nuestro quehacer. En este sentido, intentaré exponer dos temáticas cuya

línea distintiva se difumina, para dar mayor énfasis a la primera de ellas: 1) las estrategias que hemos ido generando en el día a día de nuestro quehacer en campo y 2), cómo esto ha incidido en la manera en que, a partir del referente empírico, generamos nuestros datos de campo y replanteamos nuestras investigaciones. Me refiero, sobre todo, a estudios que en apariencia no tienen como problema o argumento central de investigación temas relacionados de manera directa con la violencia o la delincuencia organizada.

El primero de estos puntos –las estrategias en el trabajo en campo– incluye tres consideraciones: *a)* el riesgo que, en lo personal, estemos dispuestos a asumir al llevar a cabo nuestro trabajo de campo; *b)* la exposición que esto supone de los habitantes de los lugares donde llevamos a cabo nuestro trabajo; *c)* la exposición a situaciones delicadas de alumnos o colegas de nuestros grupos de trabajo. Salvo el primero de estos motivos, que depende de consideraciones estrictamente personales, los dos restantes implican responsabilidades hacia terceras personas que no podemos dejar de lado. Cualquiera de las tres consideraciones tiene implicaciones éticas sobre las cuales será importante trabajar.

Para atenuar la condición de riesgo, además de la elección de lugares de estudio, hemos debido ajustar los tiempos y condiciones de las estancias en campo –informar puntualmente a nuestros colegas e instituciones de los lugares y periodos de trabajo; en lo posible, mantener comunicación, e ir acompañados, sobre todo en trayectos de traslado entre los lugares de trabajo–. Sabemos que el anonimato no está de nuestro lado ni tiene por qué estarlo: somos visibles y siempre debemos una explicación de nuestra estancia en cualquier lugar a donde lleguemos a trabajar, no sólo ante las autoridades locales, sino también ante todo aquel que inquiera sobre nuestra razón de encontrarnos en ese lugar, sobre todo cuando se trata de espacios sociales donde predominan las relaciones cara a cara.

Hace poco más de dos años, un colega tuvo una experiencia nada agradable. Mientras esperaba el paso de un vehículo para trasladarse a una de las rancherías donde ha trabajado, se le acercó una persona a quien él no reconoció como lugareño.

–Me gustas para amigo –le dijo.

Esta frase lo inquietó. Luego le preguntó qué hacía por esa zona y él respondió clara y concisamente sobre su trabajo como antropólogo. La alerta subió de tono cuando, a los pocos minutos, llegó en una camioneta otra persona para recoger a quien primero había

hablado con el colega. De manera explícita, tras hacer la misma pregunta, le dijo:

–¡Ah, sí! Eres de esos que aparecen muertos en algún camino.

Intimidación y amenazas pueden ser cada vez más cercanas a nuestras condiciones de trabajo, pero muerte, traición, desaparición o desplazamiento forzado son hechos recurrentes en comunidades donde trabajamos. No es raro que, al regresar a una siguiente estancia de campo, encontremos puertas cerradas de la casa de la familia o de vecinos donde solíamos hospedarnos, como resultado de algún hecho violento que vivieron directamente o por un cambio de residencia como vía de protección.

La segunda de las estrategias se relaciona con la protección y cuidado del que gozamos cuando trabajamos en campo. En esas estancias, tanto para resolver asuntos cotidianos –hospedaje, alimentación, convivencia– como para llevar a cabo nuestros objetivos de investigación, buscamos establecer relaciones de confianza con lugareños. La generosidad no es difícil de identificar y la reciprocidad no tarda en establecerse como norma. Entablamos relaciones de amistad que incluso –y no pocas veces– derivan en compadrazgos. Somos beneficiarios de su generosidad al recibirnos en sus casas, y asumimos ciertos compromisos hacia ellos. No han sido pocas las ocasiones en que, a través de actitudes, recomendaciones, testimonios, nos alertan para garantizar nuestra seguridad, lo cual forma parte de sus propias estrategias de protección que estamos obligados a respetar: “Mejor ahora no vengas”, “no pasen por tal o cual lugar” o “no tomen tales o cuales camionetas”, “no vayan de noche por las carreteras”, “no pasen por la plaza después de las nueve”.

Otra experiencia fue la de una compañera que participaba en un proyecto interinstitucional: con la in-



tención de brindarle mayor seguridad, a sugerencia de uno de los integrantes del proyecto, quien era originario de la región de estudio, se le ofreció que fuera acompañada por la policía municipal para recabar información de campo: una situación extrema que, me queda claro, poco aporta al trabajo etnográfico.

Desde hace poco más de 20 años he vivido en uno de esos pueblos donde lo relatado párrafos atrás no es muy diferente desde hace al menos cinco. Allí ha transcurrido mi vida personal, familiar, profesional. Ha sido mi refugio, pero también un lugar desde el cual develar la realidad como tema de estudio se confunde con el día a día de mis relaciones cotidianas. Se trata de una condición que me provee de otros referentes para la comprensión y que a la vez me dificulta tomar distancia frente

nes para nuestra marcha para revisar documentos e interrogar sobre nuestro destino. Hay situaciones en que no podemos proseguir la ruta por alguna toma de carretera por parte de comunidades, a modo de presión para que se atienda alguna causa justa. Los oídos están atentos a la información que fluye entre la población para alertar sobre ciertas horas de la jornada diaria, con la que se indica que no es seguro caminar por las calles o transitar por ciertas carreteras o veredas para ir de un lugar a otro.

Se trata de escenas comunes, sobre todo en los últimos años en que han cambiado tanto las políticas de seguridad como la manera de operar de los cárteles o grupos de la delincuencia organizada. A la par, surgen o se visibilizan categorías locales más afines cultural-



al trabajo de campo. Pláticas y confesiones que se dan en el plano de las relaciones que, por lealtad, no pueden traducirse en notas en el diario de campo. ¿Cómo mantener esa distancia en aras de la objetividad y asumiendo nuestra responsabilidad? ¿Damos o no a conocer los resultados de nuestro trabajo: la visibilización de los procesos como protección o el riesgo que implica en términos de lo que se da a conocer?

Aunque nos incomode, nos estamos acostumbrando a toparnos en la carretera con vehículos de distintos cuerpos de policía o del ejército, con retenes de auto-defensas o de la llamada policía rural. Esperamos en largas filas como parte de algún operativo, vemos rostros embozados y armas de alto calibre, miradas toscas o preguntas directas; otros dan el paso con mirada amable e incluso con un “que le vaya bien”. En ocasio-

mente como “malos”, “malosos”, “malandros”. Otras del pasado toman nuevos rostros, como me describió una persona “ya de edad”, como dicen en la costa, al platicarme lo que acontece en aquellas latitudes:

—Sí, por acá andan, haciendo travesuras; cortan cables para que no podamos hablar por teléfono, se llevan a unos y luego los regresan, aunque a otros ya no —y luego de ampliar su descripción para intentar distinguir los distintos grupos, concluye diciendo con certeza—: son gavilleros, así siempre ha sido.

La justicia, como telón de fondo cada vez más luido, también nos hace ruido. Conocemos de casos en los que, en aras de la seguridad, cunde la criminalización de conductas: “Ahora nos criminalizan por andar cortando leña y a los ‘meros meros’ los protegen”. Los códigos de honor y el valor de la palabra en el ejercicio

de la justicia en ámbitos locales van quedando atrás o se desplazan por reglas del juego que imponen las actuales condiciones. Sin duda los ejemplos se multiplican y son cada vez más cercanos, pasando por distintos gradientes: *a)* algo que sucedió y de lo que se conoce por la prensa o lo dicho por diversas personas a manera de rumor; *b)* algo que aconteció a vecinos o lugareños sin que éstos hayan sido conocidos de manera directa; cuando algo sucede o hacen algo personas conocidas en segundo o tercer grado que implican una mayor cercanía social, o *c)* cuando esto ha involucrado directamente a personas con quienes nos relacionamos en nuestras estancias en campo. Ya sea que intentemos generar gradientes sobre nuestra percepción de riesgo –acrecentándolo o aminorándolo– o

den en la manera en que generamos la información y articulamos nuestras observaciones. Inciden también, aunque no siempre de manera explícita, en nuestra interpretación y explicación, en tanto que han marcado cambios importantes en las relaciones y dinámicas de la vida social de los lugares o regiones donde trabajamos, que tampoco podemos dejar de lado: constituyen un factor que ha llevado a replantear nuestros temas y aproximaciones de investigación. Conforman también condiciones que nos cuestionan la pretendida “neutralidad” del quehacer etnográfico, que en algunos casos escuchamos en las aulas y leímos en estudios y experiencias de antropólogos sobre el tema: describir las cosas tal como son, sin emitir juicios ni filtrarlas con valores propios o esquemas de interpretación.



pretendamos allegarnos de condiciones de mayor seguridad, la realidad de los lugares y regiones de estudio suele ir a la delantera, ampliando el espectro y evidenciando el recrudecimiento de la violencia. En otros casos, los menos, se imponen estrategias propias, comunitarias, para garantizarse protección y seguridad.

¿Cómo y para qué marcar la distinción entre los dos temas enunciados, cuando la violencia y la inseguridad no sólo son “circunstancias” de nuestro trabajo de campo, sino que se han constituido como condiciones del día a día en los lugares donde trabajamos? Esta pregunta se refiere al segundo de los dos puntos enunciados al inicio de esta reflexión. Aun cuando el tema de investigación no se vincule de manera específica con la violencia e inseguridad concomitantes por las acciones de la delincuencia organizada, estas condiciones inci-

¿Hasta dónde adentrarnos o cómo continuar con nuestro trabajo, a sabiendas de que estamos dejando de lado factores que han modificado las relaciones entre actores en un determinado lugar que se expresan en categorías y explicaciones locales? Es el caso, por ejemplo, de *los Zetas* “piratas”: grupos que, sin ser parte de estos cárteles, operan en las poblaciones aprovechando el temor de la gente ante la certeza de su presencia; las confusiones de personajes o acciones comunes como el *maskarado* que mencioné al inicio del escrito, o la confusión al hablar de “levantamiento”, que antes solía referirse a la celebración del Día de la Candelaria y que hoy día se entiende como práctica del crimen organizado. Los cambios en los juegos de los niños en las calles: policías y ladrones convertidos en sicarios y narcos, más tarde reconvertidos en autodefensas o comunita-



rios. Al tenerlas presentes, estas condiciones no pueden ser estudiadas a profundidad y se traducen o mencionan en los trabajos de manera escueta, como me sucedió al leer, en la tesis de una alumna de un posgrado en geografía, que anotaba el factor “N” –en referencia al narcotráfico– para explicar el cambio en las condiciones de vida de las poblaciones y de las dificultades en la operación de planes de ordenamiento territorial.

Las condiciones de violencia parecerían imponerse a otros procesos y, a la par, tomar la vía de la internalización, de la normalización. También es cierto que hay múltiples experiencias, unas recientes y otras más añejas de resistencia social, silenciosa o más visible, expresada en organizaciones y movimientos de los cuales se han ocupado investigadores de muy diversas disciplinas. En esto, ¿cómo asumir un compromiso con quienes nos apoyan en el trabajo de campo y la generosidad con que nos reciben, tanto en la solución de aspectos de logística para hacer viable nuestra estancia como por su disposición y apertura para conocer de nuestro trabajo?

Entre las incidencias que identifico, unas se relacionan con la manera de generar y describir nuestros referentes empíricos y otras con la forma en que esta-



blecemos vínculos con quienes nos relacionamos en el ejercicio de nuestro trabajo de campo. Hace tres años, cuando trabajábamos en la línea de investigación sobre patrimonio biocultural del proyecto nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio, continuamos con el trabajo en el pueblo de Cherán. En marzo de 2011 iniciábamos la temporada de campo, que fue interrumpida por el movimiento de defensa emprendido por este pueblo. Al principio la interrupción se debió a la imposibilidad de continuar con cualquier tipo de registro. Con el paso de los días, y tras analizar las condiciones de este pueblo, asumimos que era más pertinente dejar de trabajar por el momento, en tanto nouviéramos claro y acordado con las nuevas autoridades el tipo de contribución que podíamos ofrecer para la resolución de problemas apremiantes. Tenemos claro que no estamos frente a “informantes” que proveen información, sino ante personas con quienes establecemos relaciones de interlocución y colaboración sustentadas en la confianza: estamos frente a realidades sociales sobre las cuales, a través del trabajo de campo y de interpretación, formulamos explicaciones.

En el caso de Cherán, de manera similar a lo que se escucha en otros foros académicos, se ha expresado el hartazgo de situaciones en que se replica la dicotomía entre académicos y comunidades: “Nada más vienen, toman la información, se van, publican y hasta premios andan sacando con lo que vienen a aprender acá”. O como afirmó un miembro del cuerpo de autoridades de una comunidad nahua: “La puerta está siempre abierta a los investigadores y estudiosos. El asunto es cómo cada quien abre esa puerta y la mantiene así, abierta”.

Una experiencia que considero favorable es la que hace alrededor de cuatro años emprendimos investigadores y miembros de instituciones que laboramos en la zona nahua. Nos dimos a la tarea de idear condiciones de seguridad y visibilizar el trabajo de investigadores y miembros de instituciones que laboramos en aquella zona de Michoacán. Formamos un grupo de trabajo y nos hemos reunido al menos cinco veces a lo largo del año en distintas comunidades. La finalidad ha consistido en presentar avances o resultados de nuestros respectivos trabajos, exponiéndolos ante autoridades locales –civiles, agrarias, tradicionales–, así como ante alumnos de distintos planteles educativos y personas interesadas en asistir a estas reuniones, abiertas a todo público. Se ha generado también un centro de documentación, el cual se ha ido integrando con los trabajos que se presentan y con tesis elaboradas por

alumnos de las instituciones participantes en esta experiencia que, aunque todavía de alcance limitado, ha generado una vía de mayor visibilización de las instituciones y, de manera particular, de quienes trabajamos en distintos puntos de la geografía serrana y costera. Esta experiencia ha contribuido asimismo al establecimiento de relaciones de mayor confianza y seguridad.

En lo particular, considero que las “circunstancias” a las que me he referido nos ponen frente a un asunto latente y a cuya atención estaríamos obligados a contribuir como académicos: la ética de nuestra práctica profesional. En este sentido, resulta fundamental reflexionar sobre nuestras formas de participación, de colaboración, evitando la reproducción de asimetrías en nuestro trabajo: las distintas maneras de conocer y de interpretar en diálogos pertinentes y horizontales, las distintas maneras de difundir los resultados de nuestras investigaciones, de participar y aportar elementos en la toma de decisiones del modo de actuar de las instituciones en que laboramos.

La antropología en México ha aportado estudios y dado a conocer las múltiples caras de la diversidad cultural y de la desigualdad en México. Han sido aportes para la comprensión de una realidad diversa y divergente, para el diseño y evaluación de políticas públicas, para la formación de investigadores, para la apertura de nuevas áreas del desempeño profesional, como el peritaje antropológico. En nuestro quehacer, ¿por qué abandonar o adecuar el trabajo de campo, que es una de nuestras principales herramientas de investigación? ¿Cómo podemos aportar a la visibilización de tantas otras caras de una realidad que, como otra arista de la violencia, busca sacudirse el miedo y retomar la confianza en sus pueblos, en sus comunidades, en sus vecinos, en sus familiares? Son situaciones que han agravado las de por sí precarias condiciones de vida y la lacerante desigualdad social. ¿Cuál es el compromiso como académicos y cómo asumirlo? Nosotros, como investigadores, podemos tomar la decisión de cancelar nuestros proyectos o podemos, con justificaciones diversas, modificar drásticamente nuestras formas de generar información. Las sociedades a las que nos debemos, sobre las que trabajamos, quedan allá, en esas situaciones de vulnerabilidad y peligro, donde también surgen experiencias que generan seguridad y certeza.

Otra de las inquietudes que va en paralelo a lo aquí planteado es el adelgazamiento del trabajo de campo al que me referí párrafos arriba. La alerta de esta negación ha sido expuesta, en otros tiempos y condiciones, por Ortner (1995). El replanteamiento necesario de la



etnografía ha sido analizado por autores como Renato Rosaldo, Mary Luise Pratt, James Clifford, George Marcus (1986), entre muchos otros. Esto, lo sabemos, es un proceso que se ha venido dando por distintos factores a los que se suman, agudizándolo, las “circunstancias” a que me he referido. La realidad apabullante obliga a repensar nuestro oficio, nuestra posición en las ciencias sociales y en nuestro país. Las nuevas generaciones incursionan en el trabajo de campo en las condiciones actuales y en éstas se deberán seguir formando. Busquemos espacios y experiencias para un diálogo productivo entre generaciones en una conjunción pertinente entre la experiencia y lo novedoso, el recuerdo y la vigencia.

Bibliografía

Clifford, James y George Marcus, *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.

Ortner, Sherry, “Resistance and the Problem of Ethnographic Refusal”, en Sherry Ortner, *Anthropology and Social Theory. Culture, Power and the Acting Subject*, Durham/Berkeley, Duke University Press/University of California Press, 2006.

